

# SESTAO, UN PUEBLO CON PROI

SI al curioso lector se le ocurre hacer una sencilla división de los 38.000 habitantes, mal contados, de Sestao entre los 2,2 kilómetros cuadrados habitables (ya que a sus 3,2 kilómetros cuadrados aproximados de superficie total hay que descontar un kilómetro cuadrado de zona industrial) de su área geográfica, la operación aritmética le dará un resultado aterrador: en Sestao «viven» algo así como 17.270 seres humanos por kilómetro cuadrado. Si quieren, nos internamos por ese difícil sendero que trata del «hábitat» humano, de la demografía hemorrágica, de la contaminación, del urbanismo caótico, de la despavimentación callejera, de la falta de zonas de recreo, de...

Sestao está situado, sin solución de continuidad, entre los municipios de Baracaldo, Portugalete y San Salvador del Valle. Y la ría. Sestao se encarama —amontonando sus colmenas, o casas, o como se quiera llamarlo— sobre una loma de torturado relieve que da, por un lado, a un cinturón de fábricas metalúrgicas y de cemento, y por el otro, a otro cerco de fábricas siderúrgicas, fundiciones y astilleros navales. Y la ría. Perdonen que me ponga un poco pesado con la ría, pero es que como se ha hecho tanta literatura sobre este tranco de agua sucia que se mete hasta el mismo Bilbao, si no se habla de la «cloaca navegable» —como la llamó alguien—, o de «esa fuente de la riqueza vascongada» —como la han llamado otros con menos imaginación—, a lo mejor creen que uno no ha estado nunca en Sestao.

Los vecinos nostálgicos recuerdan que hace unos cuantos años los habitantes de Sestao se bajaban a hacer sentadas bucólicas a una campa que llamábamos de Tumbaperros no sé por qué. A veces merendaban bajo su arbolada de plátanos, mientras el humo de Altos Hornos subía a buscar el techo gris de las nubes. En el lado opuesto, en las Camporras, muchos de los obreros fabriles de la localidad entretenían su ocio plantando y recolectando hortalizas. Eran pequeñas parcelas que tenían más que ver con la jardinería de «hágalo usted mismo» que con cualquier forma de agricultura, pero servía para hacerse la ilusión de que Sestao no era sólo una inmensa fábrica, ni un pueblo sobre el que se pronuncian todos los tópicos sobre el humo.

Había también la campa de la iglesia, una campa donde los niños jugaban a la pelota y donde se celebraban concursos de pájaros cantores; algunos recordamos incluso el viejo caserío rodeado de higueras, y a las vacas pastando a un tiro de piedra del quiosco donde, a lo mejor, la banda muni-

cipal estaba tocando la *Marcha turca* de Mozart.

Y además estaba la ría, o mejor dicho, un recodo en forma de ensenada que los sestaoirras llamábamos la Benedicta. La Benedicta no ha sido nunca lo que se dice una piscina, pero con un poco de buena voluntad los vecinos, sobre todo los niños, encontraban en sus remansadas aguas refresco para nuestros cuerpos en los días de verano, y hasta pescado si se disponía de esos dos requisitos obligatorios del pescador: paciencia y una caña. En una palabra, la Benedicta suministraba, lo mejor que podía, esa ilusión de mar que es el derecho mínimo de todos los pueblos costeros. Pero vayan a ver hoy la Benedicta. Es horroroso: montones de chatarra procedente de un desguace de buques, charcos de pintura, de grasa, óxido, mugre, todo ello invadiendo las aguas de la dársena hasta convertirla en un pozo negro.

Si se sube Iberia arriba, por esa calle que parece un tobogán, se tiene la sensación de que camina uno por uno de los círculos del infierno dantesco, sólo que asfaltado. Puede verse el humo espeso que surge de la acería de Altos Hornos; según las veleidades del viento, los gases densos e irrespirables se instalan a nivel de las ventanas de las calles colindantes o navegan, ría adentro, a unirse con los humos de Erandio y de Baracaldo y con los que produce el mismo Bilbao, que en materia de humos tiene ya capacidad de autoabastecimiento.

La calle Chávarri es otra de esas cosas que todo curioso de la capacidad de supervivencia de la especie humana debería ver. La acumulación de gases es casi idéntica a la de la Iberia, pero aquí con ruido, con un tráfico ajetreteado y asfíctico en las dos direcciones; la calzada es tan estrecha que parece que los vehículos van a tocarse lateralmente. Detrás del muro que señala los límites de los altos hornos asoma su hojarasca contaminada una rala hilera de plátanos, para darnos la seguridad de que hay especies vegetales que pueden sobrevivir a un cataclismo termonuclear.

Uno tose por no se sabe qué agresiones a las mucosas de la garganta. A lo mejor es aprensión. Los vecinos de la calle Chávarri dicen que no, que es el gas.

—Todo esto es polvo, ¿ves? ¿Sabes lo que es todo este humo metido día y noche en las casas, en las tiendas, en los pulmones?

La parte central del pueblo, lo que llamamos la columna vertebral —Gran Vía de Carlos VII hasta el Ayuntamiento—, es la zona más habitable.

—Bueno, aquí llega menos el gas de Altos Hornos según qué

días —me asegura un estudiante de Ciencias tras sus gafas de gruesa montura—, pero constantemente hay un olor insoportable procedente del vertedero de basuras de la cantera. Ya sabes, la descomposición de las basuras produce gas metano; el gas metano se inflama espontáneamente, las basuras arden y ya ves el mal olor que producen.

En efecto, hay un olor ingrato en el ambiente mientras subimos calle arriba hacia la plaza del Casco. A ambos lados de la calzada hay una hilera de pequeños árboles. Aceras bastante bien pavimentadas. Una fila de casas de dos plantas, de esas que llaman vulgarmente «baratas». Esta calle tiene buena pinta. No es Chávarri, por supuesto. Se ven niños en grupos, algunos con cartapacios y libros. Lo dicho, esta calle tiene buena pinta. Esto es otro Sestao; no lo digo por el de antes de la explosión demográfica, ni de la instalación de la acería, ni del nuevo alto horno. Me refiero a la calle Chávarri, y a la Iberia, y a ésta.

La plaza de España, o la del Casco, como más corrientemente la llamamos los habitantes de Sestao, está escondida detrás de unos rascacielos. Existe un quiosco en su centro, un quiosco que es más o menos parecido a tantos otros como hay diseminados por toda la geografía peninsular. El suelo es desigual y está constituido por una especie de cemento que se produce en los hornos altos al fundir el hierro y que aquí llamamos «torta». La plaza es encantadora en sí misma; más aún si se la compara con el resto del pueblo; circundada de árboles, es, posiblemente, el único pulmón de la población, el jardín infantil y el ágora ameno de los numerosos jubilados que, paseantes o sentados, disfrutan su ocio en un lugar donde llegan notablemente atenuados los efectos de la vecindad industrial.

## PROYECTOS Y PROBLEMAS

La plaza de España, o del Casco, corre grave peligro de desaparecer bajo la voracidad implacable de las excavadoras, a menos que las razones de la gran mayoría de los habitantes del superpoblado municipio fabril se impongan sobre las razones de Estado —en este caso razones municipales—. Nos hemos puesto a pulsar opiniones, a captar sugerencias, a registrar el clamor popular, que, esta vez por lo menos, está interesado en defender el suelo de debajo de las suelas de los zapatos.

Se trata, en realidad, de un proyecto municipal, por el cual la plaza de España se convertiría en un aparcamiento subterráneo. La aparición en la prensa local de la noticia de este proyecto produjo

una reacción inmediata en la población de Sestao.

En el seno de la Asociación de Familias Nuestro Pueblo se manifiesta esta sensibilización colectiva:

—No sólo en el seno de nuestra Asociación se ha producido alarma ante el proyecto municipal; creemos que una inmensa mayoría de la población rechaza de plano la conversión de esta plaza en aparcamiento. Hay que tener en cuenta que Sestao es un pueblo eminentemente obrero, que, por tanto, la necesidad de aparcamientos es muy inferior a la de espacios verdes, de zonas de recreo para nuestros hijos, etcétera. En nuestro municipio predominan los peatones sobre los que tienen coche, y ni siquiera a los que podrían utilizar el aparcamiento les parece necesario el sacrificio de esta plaza, la única zona descontaminada y el refugio de niños y ancianos. Nos avergonzaría dejar como herencia a nuestros hijos una horrorosa plaza de cemento en lugar de estos árboles. ¿Sabes que estos árboles son el treinta y ocho por ciento de todos los que existen en el término municipal?

A continuación nos vamos a pulsar la opinión a otro sitio.

Los bares de Sestao son un buen lugar de encuesta. Delante de los mostradores están los chiquiteros, obreros y empleados industriales que hacen su tertulia cotidiana con un vaso de tinto en la mano. Se pronuncian casi unánimemente, quitándose uno a otros la palabra de la boca:

—Que hagan el aparcamiento en Las Arenas (Las Arenas está al otro lado de la ría); aquí lo que nos hace falta son parques, sitios para sentarse.

—Mira, sólo de pensar que nos pueden hacer como en la plaza de los Fueros, de Baracaldo, se nos pone carne de gallina. (La plaza de los Fueros es una prueba médica del urbanismo demencial, una pesadilla kaffkiana.)

—Que nos pregunten a las gentes del pueblo lo que queremos, y que no nos planten los proyectos sin contar con nosotros. No queremos aparcamientos. Si quieren hacer algo en la plaza, que arreglen el piso, que pongan más flores y más bancos, que hagan lo que quieran para mejorarla, pero que no nos la quiten para poner coches. Las personas son antes que los coches, ¿no te parece?

Sí, por supuesto; me parece que las personas son antes que los coches, pero haría falta saber si el aparcamiento proyectado no es también una necesidad de primer grado.

—¡No!

—¡No!

—¡No!

Es unánime la negativa. La registro en el bloc de notas. Esto

# BLEMAS

es un «referéndum» a escala de bar. Pero hay otros vecinos.

Mi interlocutor, interlocutor en este caso, es una ayudante técnica sanitaria.

—Estoy en contra del proyecto desde que tuve la primera noticia sin vacilación alguna. Tengo dos hijos, de trece y nueve años, y no tienen sitio donde jugar. Me gustaría que viera, sobre todo al pequeño, cuando viene de jugar a la pelota en el patio de la escuela. No le dejo que toque nada porque viene cubierto de polvo de la cabeza a los pies. En cuanto entra en casa, le meto en la ducha. Si nos quitan la plaza del Casco nos dejan sin el único sitio donde los niños puedan corretear un poco. Diga usted, si es que publican esto, que las madres de Sestao, todas las madres, opinamos lo mismo sobre el proyecto municipal del aparcamiento: nos parece un crimen contra la salud de nuestros hijos.

Los jubilados, los clientes más asiduos de la plaza amenazada, también opinan. Hablo con un grupo de ellos, entre los cuales hay un invidente.

—¿Dónde vamos a ir los jubilados si nos quitan esto? (Esto es la plaza. Estamos en la plaza, viendo corretear algunos niños pequeños, mientras la brisa orea las hojas de los árboles.)

—De todo Sestao, esto es lo único decente. Yo vivo en la Iberia, allá abajo. Me gustaría que viera la de polvo que se nos mete en casa. Polvo y gas de esas malditas fábricas. Se viene uno aquí y se sienta. Charla uno con éstos. Si le apetece a uno se va a un bar de ahí —señala con la mano extendida— y se toma uno un blanco o un «chiquito». Más, no, porque no anda uno muy bien de perras. ¿Y qué pasa si nos quitan la plaza? ¿Dónde nos echan a los viejos? ¿A la basura?

—Si tuviera uno dinero se iba a Canarias. Allí hace buen tiempo todo el año y no hay fábricas. Pero tenemos que vivir aquí, ¿sabe?, aquí, en este pueblo...

Sí, todas estas gentes tienen que vivir en este pueblo, un pueblo incómodo, sucio. Muchas de estas gentes han nacido aquí y morirán aquí cuando les llegue la hora. Pero mientras viven quieren que no les quiten los árboles, los pocos sitios de recreo que les quedan; que no les quiten el aire, el suelo de debajo de las suelas de sus zapatos.

Este pueblo fabril está esperando que se solucionen sus problemas, sobre todo esperando que se solucionen en beneficio de sus vecinos, de sus habitantes, de estas gentes trabajadoras que contribuyen con el esfuerzo de cada día a apuntalar la economía nacional en una de las zonas más industriosas y ricas del país. ■

VIDAL DE NICOLAS MORENO.



Sestao se enfrenta con la amenaza de desaparición de sus escasas zonas verdes y el aumento de la contaminación ya existente...

